

Salmos diarios, Ciclo II, Año Par. Explicados

VIII Semana del Tiempo Ordinario

Jueves

Salmo 99

El salmo 99 que se acaba de proclamar es, ante todo la exhortación apremiante a la oración, descrita claramente en dimensión litúrgica. Basta enumerar los verbos en imperativo que marcan el ritmo del salmo y a los que se unen indicaciones de orden cultual: "Aclamen..., sirvan al Señor con alegría, entren en su presencia con vítores. Sepan que el Señor es Dios... Entren por sus puertas con acción de gracias, por sus atrios con himnos, dándole gracias y bendiciendo su nombre" (vv. 2-4). Se trata de una serie de invitaciones no sólo a entrar en el área sagrada del templo a través de puertas y atrios (Cfr. Sal 14,1; 23,3.7-10), sino también a aclamar a Dios con alegría.

Es una especie de hilo constante de alabanza que no se rompe jamás, expresándose en una profesión continua de fe y amor. Es una alabanza que desde la tierra sube a Dios, pero que, al mismo tiempo, sostiene el ánimo del creyente.

Toda la tierra, todos los hombres, deben sumarse a esta alabanza: *Aclama al Señor, tierra entera*. Nosotros caminamos también procesionalmente siguiendo a Cristo, que ha pasado ya de este mundo al Padre, y nos dirigimos hacia el verdadero *atrio de Dios*, el reino donde Cristo victorioso está sentado a la derecha del Padre. Que la alegría y el canto sea pues el distintivo de los que creemos en el reinado que, ya en este mundo, es objeto de nuestra esperanza y de nuestros anhelos.

En realidad, nuestro salmo se centra en lo esencial: que el Señor es bueno, que nosotros somos hechura de Dios: su pueblo y ovejas de su rebaño. La finalidad no era tan sólo que los hijos y los hijos de los hijos conozcan, sino que también «sepan»: que la fe llegue a la hondura cordial donde se «saborean» los gozos íntimos. Pablo nos transmite lo que a su vez recibió de la comunidad o del Señor. La muerte-resurrección del Señor, el inestimable gesto de la última Cena va pasando de corazón a corazón a través de las generaciones. Son dos actos referentes a la Palabra de la vida. Contemplados, vistos y oídos por los primeros, han llegado hasta nosotros, para que nosotros estemos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo. Así «sabemos» que Él es superbueno, que nosotros somos suyos, que somos su pueblo. ¡Qué gozosa tradición que colma nuestro deleite! No la frenemos. Transmitámosla para que nuestro gozo sea completo.

Somos tuyos, Señor, porque tú eres nuestro Dios y tú nos has hecho; concédenos servirte siempre con alegría y bendecir tu nombre, hasta que,

terminada nuestra peregrinación terrena, entremos en tu presencia con vítores, confesando que tu misericordia ha sido eterna. Por Jesucristo nuestro Señor.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasoledad.org/> (Con permiso a homiletica.org)